

MI EXPERIENCIA EN EL APOSTOLADO SOCIAL

Álvaro Alemany

Presentación biográfica y jesuítica

Nací en Zaragoza, España, en 1947, en el seno de una familia de clase media, con una religiosidad tradicional, que impregnaba con naturalidad la vida. Mi padre, médico, dedicaba muchas horas a los demás dentro y fuera de su labor profesional, a través de Acción Católica y las Conferencias de S. Vicente Paúl. Los cuatro hijos varones fuimos educados en el Colegio de la Compañía de Jesús. Desde que el mayor decidió ingresar en el Noviciado, los siguientes tuvimos también como horizonte ser jesuitas y, uno tras otro, lo fuimos asumiendo como vocación propia, pese al quebranto que cada separación provocaba en la salud de nuestra madre.

Yo, el último, ingresé en el Noviciado de Veruela en 1964. Estudié 1 año de Humanidades (Juniorado) en Salamanca y 2 años de Filosofía en Pullach (Munich, Alemania), destinado ya a prepararme en una especialidad científica. Cursé Ciencias Matemáticas en la Universidad de Zaragoza y, antes del último curso, me incorporé en 1973 a la Comunidad jesuita del barrio del Picarral (un suburbio obrero de Zaragoza), a la que pertenezco desde entonces: un equipo de “Misión Obrera”, donde varios compañeros se han dedicado al trabajo manual asalariado y otros al encargo de trabajar pastoralmente en la Parroquia de N^a S^a de Belén. Por mi parte, trabajé como profesor de Matemáticas durante 25 años en un Colegio de religiosos escolapios del mismo barrio.

Sin dejar este trabajo fui haciendo desde el barrio mis estudios de teología a distancia en la Universidad de Comillas. Recibí la ordenación sacerdotal en 1978. He colaborado en la Parroquia, 13 años en una primera etapa como párroco. En mi trabajo asumí la representación sindical y en el barrio he participado activamente en la Asociación de

MI EXPERIENCIA EN EL APOSTOLADO SOCIAL

Vecinos. Desde 1999 dejé el trabajo escolar para incorporarme al equipo jesuita del Centro Pignatelli, con una larga historia al servicio del vínculo fe-cultura-justicia. Desde otoño 2004 vuelvo a dedicarme principalmente a la Parroquia.

He participado en múltiples encuentros de Acción Social y de Misión Obrera española y europea. En 1992-99 fui coordinador de Acción Social de mi Provincia (Aragón) y he coordinado también durante 8 años la comisión interprovincial de Acción Social de las Provincias españolas, tomando parte intensa en la “Iniciativa” del Apostolado Social SJ y en el Congreso de Nápoles (1997).

Algunas experiencias Los primeros impactos

Tuvo que ser en Alemania, estudiando filosofía, donde descubrí vitalmente al mundo obrero español, representado allí por tantos emigrantes gallegos y andaluces (además de los turcos, yugoslavos, etc.) que trabajaban en condiciones infrahumanas, lejos de sus familias, y sostenían el despliegue económico español con sus remesas de dinero. Aprendí con ellos a “aplicar sentidos” a la cara oculta de la realidad y a indagar las causas estructurales de las desigualdades sociales. También recibí el impacto testimonial de un cristianismo vivido hasta sus últimas consecuencias: por ejemplo, la figura de Marcelino, un sacerdote diocesano español, intelectual y místico, que vivía en los barracones obreros, sin dejar de hacer su tesis doctoral.

Al volver a España para estudiar matemáticas (1969-74), la Universidad del último período franquista estaba en pleno hervor político. Vivíamos con igual intensidad la cultura científica, las luchas estudiantiles y obreras, las relaciones personales sin barreras y la necesidad de cultivar cristianamente el compromiso por una sociedad más justa como signo y anticipo del Reino prometido. Se me tambalearon muchas actitudes vitales y rutinas ideológicas, pero así descubrí que las crisis no son necesariamente negativas. Aprendí a valorar la autonomía de lo humano (sin envoltura religiosa) como don del Dios de quien viene todo. La llamada a una mayor radicalidad brotaba a la vez de las circunstancias externas y de la maduración interna y nos llevó (como a otros muchos amigos de aquella época, cristianos o no) a una opción de vida y acción con los pobres, en un barrio popular.

Buscábamos un “más” (*magis*) que ha resistido el desgaste del tiempo y de las propias incoherencias.

Lo político

Ya en el Picarral viví más de cerca la importancia y las limitaciones de la lucha política para cambiar las estructuras de la sociedad. El contacto con líderes populares me llenó de profunda admiración por su capacidad de entrega. Pero la diversidad de estrategias políticas para conseguir derechos humanos mínimos y, luego, los defectos de la soñada democracia naciente hicieron patente la resistencia estructural del sistema a un cambio radical y la necesidad de transformaciones de largo plazo. Más que opciones políticas concretas, he vivido la acción política de base a través del movimiento sindical y ciudadano (asociaciones de barrios). Ahí he sentido también que las tentaciones del dominio, el lucro individual, el afán de consideración, atraviesan cualquier ámbito humano; los cambios de mentalidad son lentos y requieren un trabajo cultural. Nosotros, como cristianos y jesuitas, nos vemos remitidos continuamente a la adhesión personal al Jesús pobre y humilde para no convertir también nuestro servicio pastoral y social en fuente de supremacía.

*nos vemos remitidos
continuamente a la adhesión
personal al Jesús pobre y
humilde para no convertir
también nuestro servicio
pastoral y social en fuente de
supremacía*

La exclusión

El desarrollo económico y la modernización del país, facilitados por el sistema democrático y la integración en Europa, han llevado también consigo para ciertos colectivos humanos la expulsión oculta de los beneficios del bienestar. He experimentado de cerca en la gente con quien comparto mi vida la culpabilización de los parados de larga duración, la soledad de los prejubilados por la reconversión industrial, la esclavitud y el dolor

MI EXPERIENCIA EN EL APOSTOLADO SOCIAL

producido por la difusión de la droga, la explotación descarada de los empleos juveniles precarios, las dificultades de los ancianos con una pensión mínima y graves impedimentos físicos...; en los últimos tiempos también el aumento de inmigrantes que viven y trabajan en condiciones penosas, sin derechos, como aquellos emigrantes españoles de mis años jóvenes. Siempre la opción de nuestra comunidad SJ ha sido no crear proyectos sociales propios, sino integrarnos en los que van surgiendo de las asociaciones del barrio. Varios de mis compañeros trabajan intensamente en Centros de inserción sociolaboral para jóvenes descolgados del sistema escolar; yo he aprovechado mi formación matemática para colaborar en un Centro de Educación de Adultos donde muchas personas, en su gran mayoría mujeres, han conquistado las herramientas culturales para no sentirse minusvaloradas en esta sociedad. Así experimentamos como comunidad SJ el contacto con los márgenes reales de nuestra sociedad, que nos sacude permanentemente, aunque no sepamos encontrar respuestas adecuadas.

Cultivar lo espiritual

Entre las redes de gente trabajando en circunstancias y con opciones similares, quienes compartíamos la fe fuimos evolucionando de un activismo a veces excesivo a la necesidad de sostener y alimentar también la experiencia de fe subyacente a nuestra dedicación social. Por supuesto eso ha llevado a soportes comunitarios fuertes (comunidades de base) y a revitalizar por nuevos cauces nuestra pertenencia eclesial. Pero también hemos experimentado la fuerte ayuda que supone para este tipo de personas los Ejercicios Espirituales en la vida ordinaria y otros recursos de la espiritualidad ignaciana. Actualmente trabajo en equipo con una religiosa, un exjesuita y 6 laicos casados (la mayoría mujeres).

Cuando en 1989 fui invitado por el P. Provincial de España a encargarme de la faceta social en la Comisión que preparaba el año ignaciano (1991), se percibían como ámbitos alejados la dedicación a la espiritualidad ignaciana y la inserción social. Para mí, sin embargo, había una enorme experiencia espiritual acumulada en muchos compañeros (y también en grupos muy audaces de religiosas) vinculados a Misión Obrera, a parroquias populares, al trabajo en la marginación... Poco a poco toda esa experiencia empezó a salir a la luz en charlas y publicaciones muy difundidas; el volumen que editamos entonces (nº 4 de la colección ignaciana "Manresa") fue una

contribución más para subrayar la estrecha vinculación, que tantas personas hemos sentido, entre la espiritualidad ignaciana y el compromiso por la justicia, refrendada luego por la C.G.34 (d.2,nº8).

La muerte

En esta larga historia en el Picarral, he vivido juntamente con mis compañeros y con la gente, momentos muy intensos, de fiesta y de duelo, de entusiasmo y de fracaso, de logros y retrocesos. De ellos aprendo a no dejarme seducir por la eficacia inmediata, por la confianza en mis (nuestras) solas capacidades.

Pero quisiera referirme sobre todo al reto continuo que nos plantea la experiencia humana de la muerte. No me parece que en el apostolado social debamos relegarla al ámbito de lo meramente individual o interior. De hecho sufrimos continuamente su presencia en forma de declive o ruptura de proyectos colectivos que merecían la pena, donde habíamos puesto mucho cariño y entusiasmo. La sentimos repentinamente en forma de accidentes laborales (o de tráfico), a veces de hondo dramatismo, que afectan a la gente cercana y donde incluso nos invitan a decir una palabra de consuelo. La escuchamos como grito desgarrado cuando arrebatada la vida de un niño o de un joven. La vivimos como decrepitud, enfermedad o muerte en uno mismo o en los compañeros cercanos, en nuestros amigos más íntimos, en la gente que constituían piezas clave para nuestras plataformas sociales. Una y otra vez volvemos a sentir, en la realidad misma, “cómo la Divinidad se esconde”. Y somos remitidos a poner nuestra confianza última en “el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae” para toda la realidad humana.

Estos días pongo un nombre concreto a estas vivencias que intento resumir: el de Julia, una amiga viuda, sin estudios y con una pensión escasa, con una historia de sencilla y total entrega a los demás, que en su reducida vivienda afronta un tratamiento de quimioterapia con la misma frase que en otras circunstancias duras de su vida me ha repetido: “La fe me da fuerza para sobrellevarlo”.

MI EXPERIENCIA EN EL APOSTOLADO SOCIAL

“Vivir-con”

En definitiva, releo mi historia desde la gratitud por el privilegio de hacer vida, en muy diversas formas, con multitud de amigos y amigas, sobre todo de la gente sencilla de mi barrio y de otros ámbitos similares. En ese “estar-con”, haciendo camino juntos, descubro sin duda una presencia privilegiada del Espíritu, que sopla donde quiere y que sigue actuando en esta realidad nuestra. A través de ellos he aprendido a sanar mis voluntarismos y perfeccionismos de siempre, para abrirme más a lo que se me va dando desde la propia realidad que me toca vivir.